



Esperanza para un Continente Herido: Manifiesto por América Latina

Academia Internacional de Líderes Católicos

23 al 27 de Octubre de 2025

Fraterna Domus, Sacrófano. Roma, Italia



Misa oficial en Capilla del Coro, San Pedro, Vaticano. Peregrinación Puerta Santa

Resumen

El Manifiesto por América Latina es una declaración de esperanza, fe y compromiso nacida en el marco del Jubileo de la Esperanza y del X Diplomado Internacional de la Academia Internacional de Líderes Católicos. El documento es el resultado de un proceso de discernimiento que reúne la voz de líderes católicos, inspirados por la Doctrina Social de la Iglesia y por la convicción de que América Latina, a pesar de sus heridas históricas, conserva una fuerza espiritual y humana capaz de transformar su destino.

El texto se estructura en cuatro secciones: **Proemio, Las Heridas de Nuestra Tierra, La Esperanza no defrauda y Llamado final**, abordando desde un enfoque teológico, social y político los principales desafíos de la región y los caminos para su renovación.

En el **Proemio**, se proclama la esperanza como un acto de resistencia frente a la desesperanza. América Latina es presentada como una tierra de contrastes: rica en humanidad, creatividad y fe, pero marcada por la pobreza, la violencia y la desigualdad. El Jubileo de la Esperanza se entiende como un tiempo de gracia, liberación y restitución, en el que se invita a romper el silencio ante las fracturas sociales y a rechazar la cultura de la resignación. La fe cristiana es presentada como fuerza transformadora que permite afirmar que “Dios sigue haciendo nuevas todas las cosas” y que la historia de los pueblos latinoamericanos no está condenada a la desesperanza.

La segunda parte, **Las Heridas de Nuestra Tierra**, expone con lucidez las principales dolencias del continente. La primera es la pobreza estructural que condena a millones de familias a la exclusión y a la falta de oportunidades, mientras unos pocos concentran la riqueza. A esta se suma la deficiencia educativa, que perpetúa las desigualdades y obliga a muchos jóvenes a migrar o a caer en la violencia. La violencia, por su parte, se ha vuelto parte del paisaje cotidiano, alimentada por el narcotráfico, las pandillas, la corrupción y las economías ilícitas. También se denuncia la represión política, la crisis institucional y la corrupción que debilitan la fe en la democracia, así como el drama de la migración forzada y la exclusión histórica de pueblos indígenas y afrodescendientes. Finalmente, el texto aborda la crisis ecológica como una herida moral y espiritual, recordando que la defensa de la casa común es inseparable de la defensa de los pobres. Reconocer estas heridas —dice el manifiesto— no es resignarse, sino el primer paso hacia la sanación y la transformación.

La tercera sección, **La esperanza no defrauda**, ofrece una reflexión profunda sobre el papel de la Iglesia en este contexto. Cristo es presentado como la fuerza activa que transforma la historia, capaz de generar una comunidad que vive en verdad, justicia y fraternidad. La Iglesia latinoamericana, evangelizadora y cercana al pueblo, es llamada a salir del templo para encarnar el Evangelio en la vida pública, la política y la economía. Desde la teología del pueblo, se reivindica la necesidad de formar una nueva generación de líderes capaces de unir fe y razón, ética y eficacia, espiritualidad y compromiso. Los principios de la Doctrina Social de la Iglesia —dignidad humana, bien común, solidaridad, subsidiariedad, opción por los pobres y ecología integral— son presentados como

brújulas para construir una nueva cultura política y social. La esperanza no se concibe como ideal abstracto, sino como acción concreta: educación de calidad, economías al servicio de la persona, Estados justos y líderes con manos limpias.

Finalmente, en el **Llamado final**, la Academia convoca a los pueblos de América Latina a levantarse. Es tiempo de esperanza activa, no de miedo ni de resignación. Se invita especialmente a los jóvenes a no dejarse robar el futuro y a quienes ejercen responsabilidades públicas a concebir el poder como servicio. La política es presentada como una forma eminente de caridad, llamada a reconciliar lo que otros dividen y a transformar la vida pública en un espacio de dignidad. La Academia Internacional de Líderes Católicos asume el compromiso de ser un “taller de esperanza”, formando líderes que traduzcan los valores evangélicos en proyectos concretos y duraderos.

El documento concluye recordando que toda esperanza auténtica nace y se sostiene en Cristo, fuente de toda renovación. En Él, la tierra herida de América Latina puede levantarse, porque en su cruz y resurrección se revela que el amor tiene siempre la última palabra.

El Manifiesto por América Latina no es solo un texto, sino una invitación a convertir la esperanza en historia viva: a transformar la fe en acción y a hacer del continente un testimonio de fraternidad, justicia y vida nueva.



S.E. Cardenal Padrón Sánchez preside misa inaugural

1. Proemio.

En el marco del Jubileo de la Esperanza, la Academia Internacional de Líderes Católicos eleva su voz en medio de la historia convulsa que vive América Latina. Lo hacemos conscientes de las heridas que marcan a nuestros pueblos y del clamor de millones que anhelan justicia, reconciliación y vida digna. Somos herederos de un continente de profundas raíces cristianas, pero también de fracturas históricas que nos desafían a no permanecer en silencio.

El Jubileo es en la tradición bíblica un tiempo de liberación, de restitución y de gracia: “Proclamaréis la liberación en la tierra para todos sus habitantes; será para vosotros jubileo” (Lv 25,10). En este espíritu, queremos proclamar esperanza allí donde reina la desesperanza, y justicia allí donde impera la violencia. Nuestra fe nos impulsa a creer que la historia no está cerrada sobre sí misma, que el sufrimiento de los pueblos latinoamericanos no es la última palabra, que Dios sigue haciendo nuevas todas las cosas (Ap 21,5).

América Latina vive hoy entre luces y sombras. Es tierra fecunda en humanidad, creatividad, espiritualidad y solidaridad, pero también escenario de pobreza que deshumaniza, de violencias que desgarran, y desigualdades que claman al cielo. Cada día millones de latinoamericanos levantan su voz con la misma certeza de san Pablo: “en esperanza fuimos salvados” (Rm 8,24). Esa esperanza es más fuerte que las cadenas de la corrupción, más honda que las heridas del narcotráfico, más amplia que las fronteras que expulsan migrantes y refugiados...

Este manifiesto nace para proclamar que no aceptamos la resignación como destino, que no creemos en la cultura del descarte, que no nos dejamos atrapar por la indiferencia. Queremos ser testigos de que, en medio de la crisis, la esperanza puede ser camino y fuerza transformadora para nuestra América Latina.

2. Las Heridas de Nuestra Tierra.

Nuestra tierra latinoamericana es hermosa y fecunda, pero está marcada por cicatrices profundas que atraviesan generaciones enteras. Sus montañas y llanuras, sus ciudades y comunidades, han sido testigos de luchas y de esperanzas, pero también de estructuras de injusticia que se repiten como un eco amargo. No podemos hablar de esperanza sin

antes mirar de frente estas heridas, porque la verdad es el único punto de partida posible para la sanación de los pueblos.

La primera de estas heridas es la **pobreza estructural** que todavía condena a millones de familias a una vida indigna. América Latina es una de las regiones más desiguales del planeta: mientras unos pocos concentran una riqueza excesiva, vastos sectores sobreviven con lo mínimo, atrapados en la informalidad laboral o en la falta de oportunidades reales. La tierra prometida se convierte para muchos en un desierto cotidiano de hambre, precariedad y exclusión. En demasiados lugares, la infancia está marcada por la desnutrición, la adolescencia por la falta de estudio, la juventud por la ausencia de futuro y la vejez por el abandono. El rostro del pobre es el rostro más visible de nuestro continente, y en él se revela la urgencia de cambiar las estructuras que generan tanta injusticia.



Virgen de Guadalupe, Patrona del X Diplomado Internacional

Otra herida que sostiene y reproduce estas desigualdades es la **falta de acceso a una educación de calidad**. Mientras unos pocos gozan de oportunidades que abren horizontes, millones de niños y jóvenes latinoamericanos ven limitada su vida por

escuelas sin recursos, docentes mal remunerados y sistemas que no garantizan igualdad de oportunidades. A la pobreza económica se suma así una pobreza cultural y educativa que encierra a generaciones enteras en un ciclo difícil de romper. La falta de educación adecuada condena a muchos a la informalidad, a la emigración forzada o a la violencia, privando a nuestros pueblos de su mayor riqueza: el talento de sus hijos.

A estas carencias se suma **la violencia** que se ha hecho costumbre. El crimen organizado, el narcotráfico y las pandillas han tejido redes que capturan a jóvenes sin horizonte, corrompen autoridades y desangran a países enteros. Donde debería reinar la vida, se impone la lógica de la muerte; donde debería crecer la confianza, se instala el miedo. La violencia no solo se mide en estadísticas de homicidios, sino en familias rotas, en comunidades enteras sometidas al silencio, en territorios donde la ley del más fuerte suplanta al derecho y al Estado. América Latina no puede resignarse a ser el escenario donde la violencia se normaliza como paisaje inevitable, ni a dejar que la sangre derramada de inocentes sea ignorada como un costo aceptable del desarrollo.

A esta violencia se suman **las economías ilícitas como el contrabando**, que destruyen mercados internos, debilitan a los Estados y alimentan círculos de corrupción e impunidad. El contrabando no es solo una transacción ilegal, es un símbolo de la desconfianza en las instituciones, de la fractura entre la ley y la vida cotidiana de millones de personas. Allí donde se hace costumbre el fraude, se erosiona la cultura de la legalidad y se instala un sistema paralelo en el que los más vulnerables son siempre los más afectados.

Otra herida lacerante es **la violencia política y la represión**. Líderes de todo estilo político, campesinos, sindicalistas y defensores de derechos humanos son perseguidos, encarcelados o asesinados en distintos rincones de nuestro continente. La política, que debería ser una forma de servicio y de caridad social, se convierte con demasiada frecuencia en un campo de batalla donde el adversario es tratado como enemigo y no como hermano. Los pueblos se están polarizando, los gobiernos utilizan la fuerza para sofocar la protesta legítima, y las instituciones se desgastan en luchas de poder que no responden al bien común. La democracia se resiente cuando las voces críticas son acalladas, cuando la oposición se reduce a un enemigo a eliminar, y cuando el poder se impone sobre la verdad.



Reconocimiento a las Escuelas de Líderes Católicos en America Latina

La corrupción y la crisis institucional completan este cuadro. Gobiernos y parlamentos desgastados, partidos incapaces de generar confianza, funcionarios que usan el poder para enriquecerse en lugar de servir al bien común. Esta corrupción erosiona la fe en la democracia y alimenta la desesperanza de pueblos que ya no creen en sus representantes. La corrupción es, en realidad, una forma de violencia silenciosa: roba recursos destinados a hospitales y escuelas, perpetúa la injusticia y anula las esperanzas de los más pobres. América Latina está sedienta de liderazgos limpios, transparentes y comprometidos con la verdad, porque sin ellos no habrá instituciones sólidas ni auténtico desarrollo.



Tampoco podemos olvidar el drama de **la migración**. Millones de hermanos y hermanas han tenido que dejar sus hogares, sus familias y sus tierras en busca de lo mínimo: seguridad, trabajo, un futuro para todos. Caminan por rutas peligrosas, atraviesan fronteras hostiles, son víctimas de trata y explotación. La migración masiva es la expresión más clara de la falta de oportunidades y de la violencia que expulsa, y al mismo tiempo un clamor por sociedades más justas e inclusivas. Detrás de cada migrante hay una historia de desarraigo, pero también una resistencia: el deseo de vivir dignamente, aunque sea lejos de la propia tierra.

A estas heridas se añaden los traumas históricos no resueltos. **Dictaduras, guerras civiles, racismo, exclusión de pueblos indígenas y afrodescendientes** siguen pesando sobre la memoria colectiva. Sin verdad, sin justicia y sin reconciliación, las heridas del pasado se abren una y otra vez en el presente. El olvido impuesto es siempre una violencia, y la memoria negada es siempre un camino hacia nuevas divisiones. La historia de América Latina reclama memoria y reparación, para que los muertos descansen en paz y los vivos puedan caminar hacia un futuro distinto.

Finalmente, no podemos callar ante **la crisis ecológica**. La devastación de la Amazonía, la contaminación de ríos y mares, la extracción desencaminada de materias primas que sacrifica comunidades enteras por ganancias inmediatas, son signos de una cultura que desprecia la vida y rompe la alianza entre la humanidad y la creación. La tierra, nuestra casa común, grita junto con los pobres, porque son ellos los primeros en sufrir los efectos de la degradación ambiental. En América Latina, la defensa de la ecología no es un lujo de ambientalistas, sino una cuestión de supervivencia para pueblos enteros.

Estas son las heridas de nuestra tierra: pobreza, violencia, corrupción, migración, exclusión, destrucción ecológica. No son abstracciones, son rostros concretos, vidas truncadas, generaciones que esperan justicia. Nombrarlas no significa resignarse a ellas, sino asumir con lucidez que el camino de la esperanza comienza con la verdad, y que un continente herido puede también convertirse en tierra de resurrección.



3. La esperanza no defrauda.

Ante este panorama lleno de oportunidades y peligros, nos preguntamos: ¿qué puede hacer la Iglesia para dar respuesta a los problemas de la América Latina actual?

La Iglesia ha traído a América Latina a Cristo, que es una fuerza activa de bien para el hombre. Cristo no es una doctrina (aunque de la experiencia cristiana también nace una doctrina), no es una moral ni una política. Cristo es una fuerza que une a los hombres entre sí, que hace nacer a un hombre nuevo para el cual la vida del otro hombre es el bien más grande.

Un hombre capaz de decir «nosotros», de ser comunidad sin perder, sino potenciando, su creatividad y originalidad individual. Aquí debemos reconocer juntos una riqueza y una tarea para la Iglesia latinoamericana. La riqueza es que América Latina ha sido evangelizada de manera eficaz, aunque imperfecta. De la fe ha nacido una cultura popular y con ella un pueblo cristiano y una gran experiencia de fraternidad humana. Al reconocer a Cristo como nuestra verdadera identidad, nos descubrimos hermanos. Sin embargo, la comunión cristiana se ha quedado confinada con demasiada frecuencia al espacio sagrado del templo. En cambio, ella pide convertirse en una comunidad cristiana visible, sociológicamente consultable, fuente de obras para humanizar la vida del hombre, espacio de una vida en la verdad, liberada del dominio del poder, de la corrupción y de la mentira. Estamos llamados a ser pueblo latinoamericano no solo en el templo, sino también en los espacios abiertos de la vida civil, la política y la economía.

Todo esto ocurre en la vida del pueblo, pero la experiencia de la vida del pueblo no está (o no está suficientemente) respaldada por una reflexión sistemática y crítica que le permita abarcar, sin dejar de ser fundamentalmente sí misma, los dilemas y problemas de la cultura moderna de la complejidad.

El pueblo no es una cosa, como una piedra, que simplemente está o no está. El pueblo es un proceso (o, mejor dicho, un conjunto de procesos) mediante el cual los muchos se convierten en uno y los extraños se reconocen como hermanos. Cristo, presente en la historia, impulsa a los discípulos misioneros a llamar la gente a constituirse como pueblo y de la fidelidad del pueblo y al pueblo nace una cultura y también una política nueva. La teología del pueblo y de la cultura que se refleja en la grande enseñanza del pontificado de Papa Francisco, nos invita a aprender de la vida del pueblo, a reflexionar de manera sistemática y crítica sobre la experiencia de la vida del pueblo, a educar una nueva generación de políticos que pongan la cultura de la complejidad al servicio de la vida del pueblo, que no sean populistas sino auténticamente populares. La Academia

Internacional de Líderes católicos nació en este marco y vive en la esperanza de un nuevo resurgimiento católico latinoamericano.

Las heridas de nuestra tierra no tienen la última palabra. América Latina no está condenada a la pobreza, a la violencia ni a la corrupción. En medio del dolor, la esperanza sigue viva. No es ingenuidad ni ilusión, es certeza nacida de la fe y de la memoria de nuestros pueblos, que han sabido resistir y levantarse una y otra vez. Como recuerda san Pablo, *“la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”* (Rm 5,5).

Nuestro continente ha sido llamado tierra de esperanza porque aquí la fe cristiana echó raíces profundas, porque aquí la solidaridad de los pobres ha sido más fuerte que la indiferencia, porque aquí la creatividad cultural se abre paso aun en medio de la adversidad. Esa reserva espiritual y humana no ha podido ser vencida por dictaduras, narcotráfico ni corrupción. Y es allí, en la fe sencilla de los pueblos y en su fuerza para compartir, donde encontramos el fundamento para un futuro distinto.

La Doctrina Social de la Iglesia ilumina este camino con principios que no son teorías abstractas, sino orientaciones vivas para transformar la realidad. Afirma la ***dignidad inviolable de cada persona***, que nadie puede reducir a número o a mercancía. Insiste en el ***bien común*** como horizonte que supera el egoísmo de los intereses particulares. Llama a la ***solidaridad***, entendida no como gesto pasajero, sino como compromiso firme con la vida del otro. Y recuerda la ***subsidiariedad***, que pide que el poder sirva y no asfixie la iniciativa de las comunidades.

A todo ello se suma la ***opción preferencial por los pobres***, que no es un lema ideológico sino un mandato evangélico: en ellos se juega la autenticidad de nuestras sociedades. Y, en tiempos marcados por el deterioro ambiental, la ***ecología integral*** señala que la defensa de la vida exige cuidar tanto de los pobres como de la tierra, porque el clamor de ambos es uno solo. Estos principios, asumidos con seriedad, pueden convertirse en semillas de renovación para América Latina.

Pero la esperanza no se agota en principios: tiene rostros concretos. Se manifiesta en comunidades campesinas que resisten a la violencia defendiendo su tierra y su cultura; en pueblos indígenas que, a pesar de siglos de exclusión, se levantan para proteger el

agua y la selva; en familias que, aun migrando por necesidad, conservan la fe, transmiten valores y sostienen la solidaridad. Se refleja en la juventud que no se resigna al cinismo, que organiza proyectos sociales, que se moviliza por la justicia y que busca formas nuevas de participación política.

También la Iglesia en América Latina ha sido testigo y protagonista de esta esperanza. En cada parroquia, en cada comunidad de base, en cada misión, hay hombres y mujeres que acompañan a los pobres, que educan a los niños, que sostienen la fe de los enfermos, que consuelan a los que lloran. Esa presencia, humilde y perseverante, es signo de que el Evangelio sigue fecundando la historia. Y en medio de tantas contradicciones, la Iglesia no deja de proclamar que los pobres son los primeros destinatarios de la Buena Noticia, y que sin ellos no habrá futuro para el continente.

La esperanza que no defrauda es también una esperanza política. La política, tantas veces degradada en nuestra región, debe ser servicio al bien común, ejercicio de la justicia, cuidado de la vida, respecto a las diferencias, atención a los necesitados, entre otras. Frente a quienes proclaman que todo es corrupción, levantamos la convicción de que es posible otra manera de gobernar y de legislar, otra manera de administrar lo público. Es posible construir instituciones que protejan a los más débiles, que garanticen derechos, que promuevan trabajo digno, que abran caminos de reconciliación y de desarrollo integral. La esperanza no niega las dificultades, pero las enfrenta con la certeza de que la verdad y la justicia pueden prevalecer. La política está llamada a convertirse en lo que auténticamente debe ser: un camino de transformación que, desde la imperfección humana, avanza hacia la plenitud del bien común al que está llamada. Iluminada por la Doctrina Social de la Iglesia, esta vocación no puede detenerse en la mera amistad social, sino que debe abrazar el amor en toda su radicalidad, incluso el amor al enemigo, porque solo ese amor es capaz de vencer el odio y restaurar la fraternidad.

El Jubileo de la Esperanza, que inspira este manifiesto, nos recuerda que siempre es posible recomenzar. En la tradición bíblica, el jubileo era un tiempo de liberación y de restitución: se devolvía la tierra, se perdonaban las deudas, y se liberaba a los oprimidos. Hoy, vivir el jubileo significa también liberar a los pobres de cargas insostenibles, devolver la dignidad a quienes han sido marginados, sanar territorios heridos por la

explotación, reconciliar a sociedades fragmentadas. No es un gesto simbólico, es una tarea histórica que exige valentía y decisión.



Bendición de todas las Advocaciones Marianas de 14 países

La esperanza tiene que traducirse en caminos concretos de cambio. Necesitamos economías al servicio de la persona y no del lucro, como recuerda la Doctrina Social de la Iglesia desde *Rerum Novarum*. Necesitamos educación de calidad como base de justicia social. Necesitamos sistemas de salud que pongan en el centro la vida y no el interés. Necesitamos un Estado que proteja, regule y acompañe sin suplantar la iniciativa de las comunidades. Necesitamos líderes con manos limpias y corazones firmes, capaces de poner su talento al servicio del bien común.

Aquí se sitúa la misión de la **Academia Internacional de Líderes Católicos**. No queremos ser observadores pasivos ni analistas de escritorio. Queremos formar líderes que unan fe y razón, ética y eficacia, espiritualidad y compromiso público. Líderes que entiendan la política como una forma eminente de la caridad, que no se dejen atrapar por el cinismo ni por la corrupción, que se conviertan en testigos de una esperanza activa y transformadora. La Academia quiere ser una escuela donde la dignidad humana sea criterio, donde el bien común oriente las decisiones, donde la solidaridad y la subsidiariedad se hagan cultura, donde la opción por los pobres inspire toda acción, donde la ecología integral se viva como responsabilidad compartida.



Monseñor Andrés Ramos Capellán del X Diplomado

La esperanza se hace real cuando se convierte en proyecto común. Por eso la tarea de la Academia es convocar, formar y enviar. Convocar a quienes no se resignan al deterioro de la vida pública. Formar con la riqueza de la Doctrina Social de la Iglesia y con el rigor de las ciencias sociales. Enviar a cada alumno a su comunidad, a su país, para que traduzca lo aprendido en leyes, proyectos, instituciones y obras concretas. Solo así la esperanza dejará de ser palabra y se volverá historia viva.

América Latina puede levantarse si la dignidad de cada persona, el bien común y la solidaridad se convierten en principios vivos que inspiren y orienten nuestras decisiones políticas y sociales. Solo entonces la esperanza dejará de ser una palabra y se hará experiencia real. Con esa certeza hablamos hoy: es la convicción que nos anima, la tarea que queremos asumir y la herencia que deseamos dejar. Lo hacemos desde la fe de nuestros pueblos, en comunión con la Doctrina Social de la Iglesia, en fidelidad al Santo Padre y con el compromiso de ofrecer a las próximas generaciones un continente más justo y fraterno que el que hemos recibido.

4. Llamado final.

Este es el tiempo de la esperanza, no el tiempo del miedo ni de la resignación. Es el momento en que América Latina, herida pero nunca derrotada, está llamada a ponerse en pie y a recordar que la vida siempre es más fuerte que la muerte, que la verdad resiste incluso cuando parece acallada, que la justicia brota aun en los desiertos más áridos y que la fraternidad es posible allí donde tantos quieren sembrar división.

Convocamos a los jóvenes de este continente a no dejarse robar el futuro, a no ceder a la tentación del cinismo ni a creer que la política es un espacio condenado de antemano a la corrupción o a la mediocridad, porque sobre sus hombros descansa la posibilidad de que la historia tome un rumbo distinto y ellos serán recordados no por lo que reciban sino por lo que se atrevan a dar.

Llamamos también a quienes tienen responsabilidades de gobierno, de educación, de empresa, de Iglesia y de sociedad civil, para que entiendan que el poder no es privilegio ni patrimonio propio, sino tarea que se mide en servicio, en entrega y en sacrificio, porque lo que este continente necesita no son líderes que acumulen riqueza o fama, sino mujeres y hombres con manos limpias y corazones capaces de sostener la verdad aunque duela, de elegir la justicia aunque incomode, de cuidar la vida aunque suponga renuncia.

La Academia Internacional de Líderes Católicos proclama con humildad y decisión que quiere ponerse al servicio de este llamado, no como espectadora pasiva de los acontecimientos, sino como taller de esperanza donde se formen nuevas generaciones dispuestas a caminar con sus pueblos, a reconciliar lo que otros desgarran, a tender puentes donde tantos han preferido levantar muros, a transformar la política en un acto de amor y la vida pública en un espacio de dignidad.

En este Jubileo de la Esperanza alzamos la voz con la convicción de que la historia de América Latina no está escrita de una vez para siempre y que en nuestras manos está la posibilidad de abrir caminos distintos, porque Dios sigue abriendo sendas en el desierto y porque nuestros pueblos, aun cansados de heridas, guardan en lo profundo de su alma una fuerza que nadie podrá sofocar.

Toda esperanza auténtica para América Latina nace y se sostiene en Cristo, centro de la historia y fuente de toda renovación. Él es quien transforma el corazón humano y lo impulsa a servir, quien reconcilia lo que el pecado divide, y quien hace posible que la política, la cultura y la sociedad se vuelvan espacios donde florezcan la dignidad, la justicia y la paz. En Él, nuestra tierra herida puede volver a levantarse, porque en su cruz y en su resurrección descubrimos que la esperanza no defrauda y que el amor tiene siempre la última palabra.

Que este manifiesto no quede reducido a palabras solemnes, sino que se convierta en compromiso cotidiano, en proyecto compartido, para que podamos proclamar con verdad y sin temor que América Latina se levanta, y que al hacerlo anuncia al mundo que la esperanza, lejos de ser un sueño, es la fuerza real que transforma la historia.